

SARA BARRENA

*Mi vida
según
Martín*



SARA BARRENA

*Mi vida
según
Martín*

edebé

*«Tengo el más extraño carácter de cuantos conozco.
Me estudio a mí mismo como podría estudiar a un tercero.*

*En mis cinco pies y dos pulgadas reúno todas
las desarmonías, todas las posibles contradicciones.
Quien pensara de mí que soy vanidoso, despilfarrador,
obstinado, caprichoso, sin firmeza de ideas, presumido,
abandonado, perezoso, desatento, irreflexivo, inconstante,
charlatán, falto de tacto, ineducado, descortés, gruñón,
caprichoso, tendría tanta razón como quien dijera
que soy ahorrador, modesto, animoso, constante, enérgico,
trabajador, resistente, silencioso, lleno de finura, cortés,
siempre alegre. Nada me pasma tanto como yo mismo.»*

Honoré de Balzac

*«Si alguna vez un filósofo ciego y sordo de nacimiento
hiciera un hombre a imitación del de Descartes,
os puedo asegurar, señora, que situaría el alma
en la punta de los dedos, porque es de ahí
de donde le vienen sus principales sensaciones
y todos sus conocimientos.»*

Denis Diderot

«Hace unos años —no importa cuánto tiempo exactamente—, con muy poco o ningún dinero en el bolsillo y sin nada en tierra que me interesara, creí que podría ir a navegar por ahí y ver la parte acuática del mundo. Es mi modo de ahuyentar la melancolía y regular la circulación. Cada vez que me sorprende con una expresión de tristeza en la boca que va en aumento; cada vez que un húmedo noviembre de lloviznas anida en mi alma; cada vez que me descubro deteniéndome involuntariamente ante las tiendas de ataúdes, y siguiendo a cualquier funeral con que me encuentro; y especialmente si la hipocondría me domina de tal modo que hace falta un sólido principio moral para no salir a la calle y derribar metódicamente los sombreros de los transeúntes, entonces, comprendo que ha llegado la hora de hacerme a la mar cuanto antes.»

Herman Melville, *Moby Dick*

PRIMERA PARTE

Allegro non troppo

A veces pienso que mi vida ha sido como una sinfonía dividida en cuatro movimientos, y aunque no he muerto todavía, ya he alcanzado el final. Muchos instrumentos han sonado a la vez, de cuerda, metal y viento, y en ocasiones de percusión. Los acontecimientos se han seguido unos a otros como pentagramas en las páginas de la partitura. Las notas negras, que son las pulsaciones de la música y también de la vida, han superado en los *allegros* las ciento veinte por minuto. En otras ocasiones, como en el *andante*, no han superado las sesenta. Finalmente, tras elevarse hasta alcanzar su cumbre y envolverme el alma por completo, las notas se han extinguido, pero todavía resuenan dentro de mí. Viviré de ellas y de su embriaguez en los días, meses o años que me queden. Escucharé el eco de los acontecimientos pasados. Su sensación perdurará.

Mi vida podía haber sido una sinfonía de Beethoven, quizá la quinta o la octava. Podía haber sido también la número 3 de Schubert, la número 1 de Mahler, la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Dvorák o la *Primavera* de Schumann. Pero al final me he dado cuenta de que no ha sido como ninguna de éstas, sino más bien como la cuarta sinfonía de Brahms, que tuvo algo de final y algo de principio, y que sirvió para cantar al amor. Hay voces separadas que crecen y se mezclan, que hablan y se responden hasta formar una imagen común. Hay notas alegres y otras más tristes. Algunas, escuchadas desde la distancia, suenan incluso jocosas, como bromas del destino.

Mi infancia no fue muy rápida, ni tampoco muy lenta. Fue exactamente como un *allegro ma non troppo*.

De pequeña tenía cuatro pares de abuelos, metro y medio de dudas y un canario que cada mes, más o menos, se quedaba afónico. Martín pescador sólo era entonces un sueño en el eterno vacío de la nada. Habitaría tal vez otros mundos mientras yo merendaba pan con chocolate y paseaba desgredada por los caminos de tierra de Navarra, el último reino feudal que defendía a capa y espada, cada verano, bajo un sol abrasador. No me gustaba la escuela ni fui una niña modélica. Tampoco daba demasiada guerra, según decía mi padre. Quizá he sido siempre así desde pequeña, ni lo uno ni lo otro; o mejor, las dos cosas a la vez.

Mi padre era un hombre taciturno, serio, calvo desde que puedo recordarlo, con un alma buena encerrada en un cuerpo de casi dos metros de altura que mi hermano heredó, y quizá también yo de una manera femenina y discreta cuando mis dudas alcanzaron, al llegar la adolescencia, más de un metro setenta y cinco de altura. Él eligió mi nombre, Violeta. Decía que era un bonito color y una de las palabras más bellas del castellano. También una bonita flor. Azul rojizo, púrpura azulado. El color más audaz y menos visible, al final del espectro. Mi padre me lo enseñaba cuando veíamos el arco iris. Pero yo no quería llamarme Violeta, sino Natalia o Cristina. Como mucho Beatriz o Sonia, o cualquier otro nombre de moda que no sonara tan raro. Quizá en mi reino, donde gobernaba como una princesa valiente, debería haberme llamado Isabel o Victoria Eugenia, un nombre complejo y real, con dignidad de infanta primero y seriedad de reina después.

Vivíamos en el segundo piso de un feo edificio de Pamplona, de sólo cuatro plantas, que estaba en medio de otros dos bloques muy parecidos al nuestro. Por fuera se veían grises y antiguos, tristes, aunque de pequeña no me daba cuenta. Por dentro, las casas eran grandes y frías, de techos altos. Costaba mucho calentarlas en invierno, y en

verano, con las ventanas abiertas de par en par, llegaban ruidos de cacharros y de conversaciones ajenas por el patio de vecinos. Teníamos cuatro habitaciones grandes, una cocina amplia con muebles de formica y viejas cacerolas de hierro, y un luminoso cuarto de estar con geranios en el balcón. En el barrio, la Milagrosa, había tiendas pequeñas y muchas cuevas, y nos conocíamos todos. O casi todos. Los trabajadores se apiñaban en los bares a la hora del almuerzo y después volvían a sus talleres. Las familias llenaban las casas, como si fueran colmenas.

Mi padre tenía un taller de tapicería en el barrio y se pasaba el día entre colores, telas, colas, sillas y sofás. En las visitas al taller, que ocupaba un bajo cercano a nuestra casa entre una frutería y un garaje donde reparaban coches y motos, aprendí sobre cretonas, terciopelos, lonas, telas irisadas, lisas o rugosas, colores sufridos, sillones orejeros, sofás de dos plazas, tresillos, verde aceituna, marrón chocolate, blanco sucio y azul cobalto, verde turquesa o verde azulado, como las plumas del martín pescador. Mi hermano y yo, que en el barrio éramos los hijos del tapicero, íbamos a veces a ver a mi padre y dábamos vueltas por el taller hasta que él se cansaba de vernos por allí y de que toqueteáramos todo; entonces nos alargaba unas monedas con su mano sucia y rugosa por los pegamentos que usaba y nos ordenaba que saliéramos a comprar alguna golosina, mientras él seguía midiendo, cortando y pegando en silencio. La frutera del local de al lado nos regalaba una ciruela a cada uno, si era verano, o una mandarina si era invierno, siempre las más dulces, y el mecánico, amigo de mi padre, siempre se reía cuando pasábamos corriendo, mi hermano por delante con sus largas piernas y yo un poco más atrás, y nos saludaba gritando «adiós, mocetes».

De mi madre no recuerdo nada. Murió en el sobreparto después de darme a luz. Dicen que era frágil, pero yo siempre la consideré fuerte, pues me había dado la vida en

el sentido más literal de la palabra. El día que murió, todavía en la cuna, me salieron las primeras arrugas en el corazón.

Nací un día de diciembre. Por la calle revoloteaban algunos copos de nieve que se deshacían al llegar al suelo. Soplaban un viento gélido y mi abuelo Enrique se perdió por el hospital buscándome. Después de sus tres hijos varones y el primer nieto, mi hermano Juan, estaba muy feliz de que por fin hubiera una niña en la familia. Pero luego, unas horas después, murió mi madre. Quizá en mi mente inconsciente de niña, flotando aún en el limbo de los justos, me despedí del vientre del que acababa de salir y decidí que viviría desde entonces como un monarca solitario, con todo el peso de los súbditos sobre mis hombros, con batallas, caballos y carruajes, o tal vez como una princesa, la hija del rey taciturno. Mi madre se convirtió en una presencia invisible, en un alma cálida pero intangible que quizá me acunó una primera y última vez antes de subir al cielo del que tanto hablaba mi abuela María Luisa. La vida se escapó de mi madre y mi padre se convirtió en un viudo joven. Supongo que todos le compadecerían, mirarían con pena al pobre hombre solo y afligido con un hijo de dos años y una niña recién nacida. No sé cómo se las arregló para salir adelante. No sé si lloró en el funeral, si se enfadó con Dios por llevarse a su esposa o si perdió el pelo y las palabras por culpa del dolor. Nunca me contó a qué edad aprendí a caminar. Tampoco me dijo a qué edad aprendí a llamar «mamá» a mi madre ausente. Desde que yo podía recordar, mi padre nunca decía varias frases seguidas. En sus ojos, muchas veces, aleteaban las palabras que no llegaba a pronunciar.

Los padres de mi padre se instalaron en nuestra casa. Ellos fueron nuestro primer par de abuelos, Enrique y María Luisa. Confieso mi debilidad por el abuelo Enrique. Me contaron que antes de que yo naciera era un hombre serio, dedicado únicamente a su trabajo en una fábrica de

cemento. Cuando nació, después de encontrarme por fin en el hospital, perdió el juicio. Quizá me vio desamparada sin los brazos de una madre y con la falta de palabras de su hijo. Yo era una pequeña bolita sin pelo, asustadiza y gritona, pero lo suyo fue amor a primera vista. Me adoraba. No recuerdo que jamás me riñera. Cuando volvía de la fábrica y me encontraba en casa, su cara se transformaba y se tiraba al suelo a jugar conmigo. Según decía, se habían solucionado sus problemas de insomnio, su ciática y su dolor de cervicales. Siempre que me hablaba veía un brillo especial en sus ojos, como una lágrima de agua clara cristalizada por el cariño.

El abuelo Enrique me enseñó que los violines tienen alma. Me enseñó cómo suenan un fagot y un oboe, los vientos de la música, que también soplan a veces del sur y a veces del norte. Al Dios bueno le pedí cuando murió que le llevara de la mano hasta el cielo de los abuelos trabajadores, que le regalara los olores a menta, a mar y a tierra mojada que tanto le gustaban, y que de fondo sonaran los primeros acordes de la sonata para piano D-958 de Schubert, su favorita. Él me enseñó a amar la música. En el viejo tocadiscos de la sala sonaban pianos y violines a todas horas, trompas, clarinetes, sopranos y tenores. Entre sinfonías, sonatas y cantatas hacíamos los deberes mi hermano y yo, y la única que conseguía que se apagara el tocadiscos era mi abuela, cuando entraba en la sala con su presencia imponente como un tanque y le decía a mi abuelo, bajito y delgado, «apaga ya esa música que va a empezar mi serial». El abuelo desenchufaba el aparato resignado, pero una vez me confesó en secreto que, cuando lo apagaba, las notas seguían sonando en su interior, como si él mismo fuera un tocadiscos. Oía en su mente el sonido cálido del piano, las notas agudas del violín y el acompañamiento grave del violonchelo. Desde que me confesó aquel secreto, me quedaba mirándole muchas veces cuando él no se daba cuenta, y a veces me parecía que su cabe-

za canosa se movía de un lado a otro, con un balanceo apenas perceptible. Sus labios se entreabrían un poco y algo blanquecino y difuso le rodeaba como un aura, quizá el reflejo de las notas en su blanquísimo pelo. El abuelo Enrique convirtió mi vida en música y la música en vida. Las notas transparentes y hermosas llenaron mi infancia, bravas, rápidas, majestuosas, poéticas, melancólicas, tristes, bellas y mágicas. Llenaron después el resto de mi vida y se convirtieron, finalmente, en las notas cortas y estridentes, siempre dulces, del martín pescador.

La abuela María Luisa era más seria que el abuelo, quizá porque sentía el peso de educarnos en ausencia de su nuera. A mi hermano Juan y a mí nos reñía si dejábamos la ropa fuera de su sitio, nos obligaba a bañarnos a las ocho en punto, cuando acababa su programa favorito en la radio, y no nos dejaba jamás levantarnos de la mesa sin haber comido todo lo que nos había servido en el plato. Nos cocinaba chilindrón de conejo, albóndigas con tomate, perdices escabechadas y filetes de lengua en salsa. Para desayunar nos preparaba, con una hogaza, grandes rebanadas de pan tostado con mantequilla y mermelada, y un tazón de leche con cacao que nos costaba terminar y que nos dejaba un bigote marrón. Mi hermano me hacía reír diciéndome que era Fu-Manchú. Por más que le rogábamos, mi abuela nunca nos dejaba cenar salchichas de sobre.

Mi segundo par de abuelos, Víctor y Eulalia, eran los padres de mi madre y no fueron tan cercanos. Cada dos semanas íbamos de visita a su casa, pero nunca me sentí cómoda allí. Quizá la presencia invisible de mi madre era más patente en casa de sus padres que en ningún otro lugar. Había demasiado orden, no había juguetes ni sonaba el tocadiscos, y la abuela Eulalia siempre lloraba un poco cuando nos veía. El piso donde vivían, en el centro de Pamplona, estaba lleno de fotos de mi madre que yo nunca había visto, pues en mi casa sólo había una foto en la me-

silla de noche de mi padre, tomada el día de su boda. En esa casa vi por primera vez a mi madre niña, a mi madre joven, a mi madre con sus padres, a mi madre sola y sonriente. La miraba, como a una desconocida. Nos sentábamos en el sofá y la abuela se sonaba la nariz con los ojos rojos, y después enviaba al abuelo Víctor a la cocina a traer unas galletas para nosotros. En Semana Santa nos preparaba rosquillas y buñuelos y en noviembre, por los Difuntos, huesos de santo. Esos días lloraba un poquito más fuerte.

Mi abuela Herminia y mi abuelo Crispín, mi tercer par de abuelos, eran en realidad mis bisabuelos, los padres del abuelo Enrique, pero a pesar de sus casi noventa años tenían un espíritu tan joven que siempre los consideré como una parte más de esa democracia de abuelos que me rodeaba. Ellos eran, en el orden ascendente que trepa por el árbol genealógico, mis favoritos. Tenían una casa de pueblo en Olite y solíamos pasar allí parte de las vacaciones. El abuelo Crispín era delgado y pequeño, parecía que en caso de abrazarle apenas lo encontrarías y que podrías abarcarlo con una sola mano, pero siempre se escapaba entre los dedos como el agua escurridiza. En verano salía muy temprano a limpiar la pequeña piscina de la casa. Encontraba en el jardín caracoles y lagartijas y cuando mi abuela Herminia le enviaba a comprar el pan nunca se olvidaba de traer una flauta de chocolate para mi hermano y otra para mí. Sabía dibujar caballos que parecían reales, me arreglaba la bicicleta y me enseñó a saltar a la comba con una sola pierna, un día después de hacer testamento ante notario.

Mis primeros años pasaron entre abuelos, cuentos que yo misma me leía, silencios de mi padre y gritos de mi abuela María Luisa cada vez que Juan hacía alguna travesura. Rompía ventanas jugando al balón, se comía barras enteras de chocolate o ponía pegamento en las zapatillas del abuelo Enrique. Entonces la abuela María Luisa decía

«¡Ay, Dios mío! Este niño me va a matar», y se sentaba, gruesa y derecha, en una de las sillas de la cocina, respirando profundamente y con fuerza. Su pecho enorme subía y bajaba. Yo me quedaba quieta, la miraba y pensaba que de verdad le iba a dar algo. La quería mucho y sentía pena por ella, pero no acudían a mi boca palabras de consuelo. Yo era una niña taciturna, como mi padre. Algunas veces participaba en las travesuras de mi hermano, pero casi siempre jugaba sola. En verano, cuando íbamos al pueblo, me gustaba salir en bicicleta por los caminos sin asfaltar, o cavar en la tierra y hacer lodo con el agua del pozo.

La primera sacudida a mi reino particular, en el que yo vivía dentro del reino de Navarra, sucedió un día de primavera. El cierzo sacudía las ventanas y mi abuela estaba a punto de apagar la tele y mandarnos a bañar. Eran casi las ocho. Yo tenía siete años y mi hermano nueve cuando mi padre nos anunció que tenía una novia y que se casaba de nuevo. Llegó después de tomarse el tinto que siempre bebía con el mecánico y el marido de la frutera cuando cerraban los negocios, dijo como siempre «buenas noches» y nos dio la noticia sin ningún preámbulo ni preparación, usando sólo las palabras indispensables. Los corceles se detuvieron en mi reino, se escuchó más fuerte que nunca el silbido del viento entre las calles, se me agitó el corazón y mis ojos, como platos, se revistieron de la dignidad fría de una emperatriz ante lo inesperado. Lancé una mirada que fue volando hasta ese padre que ya no era el mismo que había salido a trabajar por la mañana. Pensé en conspiraciones y en armarme de valor para combatir a aquella usurpadora del trono, una aspirante a reina salida de la nada. Mi abuela, que por supuesto debía de saber todo de antemano, se olvidó por una vez del baño y de que ya eran las ocho en punto y se puso a hacer la cena. Abrió un sobre de salchichas y pensé entonces que aquello debía de ser muy grave. Mi hermano chilló, a la vista de las salchichas, que no queríamos otra mamá y mi padre, sin perder la calma, le orde-

nó que se callara. Yo no dije nada. Mi abuelo Enrique tampoco. Estaba sentado en el sofá esperando la cena, y vi el halo de notas alrededor de su cabeza. Traté de averiguar si sería Bach, Vivaldi o Beethoven lo que estaría sonando en su interior en un momento tan extraño como aquel. No había aprendido a distinguir todavía las notas de la cuarta sinfonía de Brahms, la de mi vida.

Así llegaron mi madrastra, el cuarto y último par de abuelos y el canario, Piti, que Rita, la novia de mi padre, nos llevó como regalo la primera vez que la vimos.